

ser, pero puedo aseguraros que en el concepto de los que tengo el honor de servir, la compra de este enlace por mediación vuestra sería no sólo una bajeza, sino una infamia.— Juan Oullier, ándate con cuidado; me he propuesto ser buen muchacho, prescindiendo de los epítetos que te acomodan aplicarme, pues he venido á encontrarte animado de muy buenas intenciones; pero guárdate de que estas cambien al salir de aquí.—Tened entendido que me tienen tan sin cuidado vuestras amenazas como vuestras ofertas; mas si es preciso repetíroslo con mayor claridad, lo haré, maese Courtin.—Oye por última vez, Oullier: ya te he dicho que deseo ser rico: cada loco con su tema. Tú has dado en la flor de ser fiel á unas personas que pasan por tí menos cuidado que tú por tu zarcero; y por eso, creyendo que podrías ser útil á tu amo, y confiando por otra parte que él no dejaría de recompensar tu buena acción, te he hecho las proposiciones que acabas de oír: ¿dicesme que es imposible entendernos? No te hablaré más de ello; pero júrote que si los nobles tus señores quisiesen ser reconocidos á la manera que yo lo entiendo, mejor les serviría que á los otros: te lo digo con franqueza.—Como que esperabais que los nobles os recompensarían con mayor largueza, ¿no es eso?—Indudablemente, amigo mío: contigo hablo sin rodeos; mas si como decías no há mucho, es preciso repetirlo con mayor claridad, lo haré.—Yo no hago de intermediario en esos negocios, Courtin; fuera de que la recompensa que yo os ofrecería, á ser proporcionada á lo que ellos pueden esperar de vos, sería tan mezquina, que no vale la pena de hablar de ello.—¡Oh! ¿Quién sabe? Poco sospechabas hace un rato que yo estuviese tan al corriente del asunto de la Chabottière, y de seguro te admiraría saber de cuantas cosas estoy enterado.

Conoció Juan Oullier que no le convenia mostrarse intimidado por las amenazas de su interlocutor, y contestóle ásperamente:

—Vaya, acabemos de una vez; si tanto deseáis venderos, llamad á otra puerta, pues me repugnan sobremanera esta clase de negocios, y aun cuando estuviese en mi mano hacerlos, no son ¡á Dios gracias! de mi incumbencia.—¿Es tu contestación definitiva?—En cuanto cabe: seguid vos vuestro camino, y dejadnos á nosotros seguir el nuestro.—Corriente, dijo Courtin levantándose; ¡peor que peor! pues habría deseado estar en vuestras filas.

Así diciendo, hizo con la cabeza una seña de despedida á Oullier, y salió del aposento. Apenas hubo traspasado sus umbrales, llegóse Alain á Juan Oullier saltando con sus piernas de palo, y le dijo en voz baja:

—Acabas de hacer una tontería.—¿Cómo?—Este hombre puede darte que sentir; de otro modo no habría venido á encontrarte con tanta entereza de ánimo.—¿Y qué querías que hiciese?—Mandarlo á Luis Renaud ó á Gaspar: ellos lo habrían comprado.—Ahora ya no tiene remedio: ¿cómo nos gobernamos?—Es preciso no perderle de vista.

Quedó Juan Oullier pensativo, y al cabo de un breve rato levantóse diciendo:

—Por mi vida que quizá tengas razón.

Y salióse del figón con el semblante inquieto.

XVII

LA FERIA DE MONTAIGU

Como el entusiasmo político se había entibado algún tanto, no sorprendió al gobierno la efervescencia de los ánimos en el Oeste de Francia, por cuanto una insurrección que abrazaba tan vasto territorio, y que debía contar con numerosos conjurados, no podía permanecer mucho tiempo secreta; y teniéndose en París noticias de la sedición que se estaba preparando mucho antes de que aportara la duquesa á las playas de Marsella, tomáronse prontas y eficaces medidas de represión, y en cuanto se supo de un modo cierto que la princesa se había dirigido á las provincias del Oeste, vióse ya llegado el momento de ejecutarlas, nombrando para ello á hombres seguros y competentes.

Habíanse dividido los departamentos donde era más inminente la sublevación en tantos distritos militares cuantas eran sus subprefecturas, y mandado cada distrito por un comandante, era el centro de varios cantones secundarios mandados por capitanes, los cuales eran á su vez el centro de otros destacamentos de menos importancia, mandados

por tenientes ó subtenientes que servían de guardia principal, internándose en el país hasta donde lo permitían las comunicaciones.

Encontrábase Montaigu en el distrito de Clisson y guarnecíalo una compañía del 32 de línea.

El día en que acontecieron los sucesos que acabamos de referir, esa guarnición recibió un refuerzo de dos brigadas de gendarmería y veinte cazadores á caballo, que aquella misma mañana habían llegado de Nantes. Los cazadores servían de escolta al general Dermoncourt, quien á la sazón estaba inspeccionando aquellos destacamentos.

Al terminar la revista de Montaigu este entendido y enérgico veterano, pensó que no sería inoportuno inspeccionar á los que él llamaba sus antiguos amigos los vendeanos, á quienes acababa de ver en apiñada muchedumbre en las calles y plaza del pueblo. Quitóse el uniforme, y vistiéndose de paisano, fué á recorrer la población, mezclándose con los grupos en compañía de un empleado de la administración que se encontraba entonces en Montaigu.

A pesar del sosiego de la población, su aspecto era imponente.

Al atravesar ambos la multitud, esta les abría paso, y á pesar de que la marcial apostura, negro bigote y rostro acuchillado del general le descubrían á la investigadora curiosidad de la gente, no se oyó á su paso un grito ni la menor manifestación hostil.

—Vamos, dijo el general, mis antiguos amigos los vendeanos no han cambiado mucho que digamos, pues les encuentro tan poco comunicativos como há treinta y ocho años. —Me parece notar en su ademán una indiferencia de buen agüero, observó el empleado en tono pedantesco. Acabo de pasar dos meses en París, durante los cuales se han contado por días las asonadas, y aleccionado por esta experiencia, creo poderos asegurar que no es este el aspecto de un pueblo próximo á sublevarse. Mirad sinó, mi general: apenas se ve uno que otro grupo, ni siquiera un orador de plaza; no hay animación, no se oyen rumores: la calma es completa. Está visto: esa gente sólo piensa en sus negocios: os respondo de ello. —Tenéis razón, amigo mío, soy de vuestro parecer: esa honrada gente, como la llamáis, no piensa sinó en sus negocios; sólo que ese tráfico consiste ahora en repartir balas y sables, su mejor y única mercancía, con la

cual piensan atravesarnos á la primera coyuntura. —¿Lo creéis así? —No sólo lo creo, sinó que estoy seguro de ello: felizmente le falta á esta nueva sublevación el elemento religioso, lo cual me hace confiar que no llegará á generalizarse, pues de otro modo os diría sin temor de equivocarme que cada uno de los perillanes que estáis mirando con chupa de buriel, calzones de tela y zuecos, tiene su puesto, número y graduación, señalados en las filas de los revoltosos. —¡Cómo! ¿También esos pordioseros? —Esos más que todos. Habéis de saber, amigo mío, que es propio y característico de esta guerra combatir á un enemigo que sale y ataca por dó quier y no se le halla en parte alguna, pues cuando corréis tras él creyendo alcanzarlo encontráis á un aldeano como éste que os saluda afectuosamente, á un mendigo que os tiende la mano, á un buhonero que os presenta sus géneros, á un músico que os desgarrá los oídos con su trompeta, á un charlatán ensalzando sus drogas, á un risueño pastorcillo, á una mujer que amamanta á su hijo al umbral de su cabaña, y algunas veces un matorral que inclina inofensivo sus ramas al borde del camino. Entonces pasáis sin recelo, creyéndos seguro; y sin embargo, el aldeano, el pastor, el mendigo, el músico, el charlatán y el buhonero son otros tantos enemigos; y hasta el matorral conspira contra vos. Emboscados unos entre las retamas os siguen como la sombra, espían con incansable actividad todas vuestras acciones, y al notar una maniobra algo sospechosa, corren presurosos á comunicarla á los que perseguís infructuosamente; otros cogen en una zanja, bajo unos zarzales ó entre las yerbas de un barbecho un fusil viejo y mohoso, y si les parecéis digno de este honor, os siguen con igual tenacidad que los primeros, hasta que se les presente una ocasión favorable para despacharos al otro mundo. Por lo regular economizan mucho la pólvora; mas el tiro parte siempre de la maleza, y si tenéis la suerte de que lo hayan errado, al tratar de registrarla no encontraréis más que matorrales y zarzas, esto es, ramas, espinas y hojas. Tales son esos inofensivos matorrales que tan inocentemente agitaban sus ramas á la orilla del sendero. —¿No es exagerada vuestra descripción, mi general? preguntó el empleado con desconfianza. —¡Pardiez! fácil es probarlo, señor sub-prefecto. Ahora nos encontramos entre una multitud pacífica ¿no es eso? ¿En derredor nuestro no hay más que amigos, franceses, compatriotas,

eh? Pues tratad de prender á uno de esos hombres.—¿Qué sucedería si lo intentase?—Sucedería que uno de esos individuos á quienes ni remotamente conocemos, acaso ese tuante de la chupa blanca ó ese mendigo que come con tanto apetito al dintel de aquella puerta, llamado quizás Pierna de plata ó Brazo de hierro, pero que de todos modos sería un formidable capitán de cuadrilla, se levantaría repentinamente haciendo una señal, y se alzarían sobre nuestra cabeza los mil doscientos ó mil quinientos garrotes que veis en manos de los que pascan con tan apacible tranquilidad, y antes que mi escolta tuviese tiempo para acudir á socorrernos, ya estaríamos molidos como dos gavillas de trigo bajo el trillo. ¿Dudáis todavía? Pues á probarlo.—No tal, exclamó el sub-prefecto; dejémonos de chanzas, mi general. Desde que me habéis informado de su verdadero carácter, esos villanos me parecen unos pícaros, y os juro que no me inspiran la menor confianza.—No tanto. Es gente muy honrada; pero es preciso saberla tratar, y por desgracia esto no está al alcance de todos los sujetos que aquí se han mandado, contestó el general con socarrona sonrisa. Queréis ahora una muestra de su conversación? Vos sin duda sois ó habéis sido abogado, ¿no es cierto? Pues apuesto cualquier cosa á que jamás habéis conocido entre vuestros cofrades á unos perillanes tan duchos en hablar mucho sin decir nada. ¡He! ¡buen hombre! añadió luego el general dirigiéndose á un aldeano de unos treinta y cinco á cuarenta años que á poca distancia estaba examinando una galleta que en la mano tenía; dime ¿dónde has comprado esa hermosa torta que se hace agua la boca al mirarla?—No las venden, señor; las regalan.—Bueno es saberlo; voy á que me den una.—Es raro á fe mía, dijo el aldeano; muy raro que se regalen así unas tortas de trigo que tan caras podrían venderse.—Ciertamente; pero no lo es menos que el primer individuo con quien topamos no sólo conteste á nuestras preguntas, sino que hasta se anticipe á las que pudiéramos dirigirle. Veamos, enseñadme esa galleta, buen hombre.

El general la examinó, y además de ver que era una torta de leche notó que antes de cocerla habían dibujado en la corteza con un cuchillo una cruz y cuatro barras paralelas.

—¡Cáspita! gustanme los regalos que reúnen lo útil á lo agradable. Este bonito dibujo será sin duda un jeroglífico. Decid, buen hombre, ¿quién os ha dado esta torta?—Nadie,

pues se recelan de mí.—¿Según eso sois patriota?—Soy el alcalde de mi pueblo, y por lo tanto adicto al gobierno; pero he visto que una mujer las repartía entre mis compatriotas de Machecul sin que ellos se lo pidiesen ni le dicesen nada en cambio, y yo entonces le he rogado que me vendiese algunas, y no se ha atrevido á negármelo. He comprado dos, de las cuales me he comido una en su presencia, y he guardado la otra en el bolsillo.—¿Queréis dármela? Yo estoy haciendo una colección de jeroglíficos curiosos y celebraría poseer este.—Os lo puedo dar, y también vendéroslo, como mejor os acomode.—¡Hola, hola! dijo el general mirando con mayor atención á su interlocutor; pareceme que ya voy comprendiendo: á lo que veo tú puedes descifrar este extraño enigma.—Podría ser; mas os aseguro que puedo comunicaros algunas noticias que de fijo os servirían.—Pero tú deseas que se te paguen ¿no es así?—Cierto, contestó descaradamente el aldeano.—¿Es este el modo con que sirves al gobierno que te ha nombrado alcalde?—¡Diantre! no creo que el gobierno haya cubierto con tejas el techo de mi cortijo, ni convertido en paredes de sillería sus tapias: de paja es el techo de mi vivienda, y flacas y deleznable sus paredes; sin contar que todos los materiales que la forman son sumamente combustibles y que en una noche mi hogar podría quedar reducido á cenizas. A gran riesgo gran ganancia...—Tienes razón. Ea, señor administrador, eso entra en vuestras atribuciones. A Dios gracias no soy más que soldado, y cuando me entregan la mercancía es preciso pagarla. Satisfaced pues su importe y dádmela.—No perdamos tiempo, replicó el colono, todos nos están observando.

En efecto, los aldeanos habían ido acercándose poco á poco al grupo formado por los dos caballeros y su paisano, sin más aparente motivo que la curiosidad que siempre excitan los forasteros, acabando por formar en torno de los tres personajes un círculo bastante compacto. Notó el general y dirigiéndose al sub-prefecto dijole en alta voz:—Amigo mío, os advierto que en vuestro lugar no me faría de la palabra de ese hombre, pues aunque hable de venderos nada menos que doscientos costales de avena á diez y nueve francos cada uno, quién sabe si os los entregará. Dadle algo en arras, y exigid que firme una obligación.—Ya, pero no tengo papel ni lápiz, dijo el sub-prefecto adivinando la intención del general.—¿Qué importa? replicó éste, id á la po-

sada. Veámos, ¿hay aquí alguien que tenga avena por vender? Nos hace mucha falta para el ganado.

Adelantose un aldeano contestando afirmativamente á la pregunta, y en tanto que el general ajustaba el precio, el sub-prefecto y el hombre de la galleta se alejaron sin excitar la menor sospecha. Ya habrán conocido nuestros lectores que aquel hombre era Courtin.

La conversación que éste había tenido con su amo el baroncito le había dado mucho en qué pensar. Parecióle que una delación lisa y llana no era lo que más convenia á sus intereses, pues podía muy bien acontecer que el gobierno no se curase de recompensar los desvelos de un subalterno tan ínfimo, en cuyo caso hubiese ejecutado sin provecho una acción sumamente peligrosa, concitándose el odio de los realistas, muy numerosos en aquel distrito. Entonces le ocurrió la ingeniosa combinación que después comunicó como hemos visto á Juan Oullier. Imaginaba el astuto labriego que favoreciendo los amores del baroncito, conseguiría sacar de ellos un razonable partido, conciliarse al mismo tiempo la benevolencia del marqués de Souday, cuyas ambiciosas miras creía halagar con este enlace, y recibir de esta manera un buen pago de su discreción, sin la cual corría inminente riesgo una cabeza que á su parecer era de gran precio para el partido realista.

Ya hemos visto cómo acogió Oullier las proposiciones de Courtin; así es que al ver el colono frustrado lo que le parecía un magnífico negocio, decidióse á probar fortuna con el gobierno.

XVIII

LA ASONADA

Media hora después de la conferencia del sub-prefecto y Courtin, recorrió los grupos un gendarme que iba en busca del general, á quien encontró departiendo amigablemente con un pordiosero cubierto de andrajos. El gendarme habló al oído del general, quien volvió á toda prisa á la posada

del *Caballo blanco*. A la puerta le aguardaba el sub-prefecto.

—¿Qué ocurre? preguntó el general al ver su semblante gozoso y satisfecho.—Buenas nuevas, mi general.—Sepamos.—Os participo que el hombre de la galleta es muy ladino.—¿Eso os asombra? ¿Y cuál de ellos no lo es? El más lerdo daría mil vueltas á Talleyrand; ¿qué os ha dicho el ladino?—Anteanoche vió entrar en el castillo de Souday al conde de Bonneville disfrazado de aldeano, acompañado de otro aldeanillo que tenía todas las trazas de mujer.—¿Y qué?—¿Y qué? Ya no queda duda...—Acabad, señor sub-prefecto, ¿no veis que estoy en ascuas? respondió el general con el tono más sosegado del mundo.—A mi ver, está fuera de duda que esa mujer es la princesa.—Que esté fuera de duda para vos, sea; pero no para mí.—¿Por qué, mi general?—Porque yo también he tenido confidencias, y...—¿Espontáneas ó involuntarias?—¿Quién es capaz de asegurarlo tratándose de esa gente? El sub-prefecto se encogió de hombros.—En fin, ¿qué os han dicho?—Nada.—Entonces...—Al dejáros he acabado de cerrar el trato de la avena.—¿Y luego?—El aldeano me ha pedido que le diese algo en arras, á lo cual he accedido considerándolo muy justo; pero yo por mi parte le he exigido un recibo, garantía no menos justa. Él quería extenderlo en casa de un mercader; mas yo le he hecho observar que no era necesario: tomad, ahí tenéis un lápiz, le he dicho; vos tendréis en la faltriquera algún pedazo de papel, y si no sabéis dónde apoyaros, mi sombrero servirá de mesa. Entonces ha rasgado una carta y me ha entregado el recibo. Hélo aquí:

«Recibí de D. Juan Luis Robier la cantidad de cincuenta francos á cuenta de treinta sacos de avena que me obligo á entregarle el 28 del corriente.

»Hoy 14 de mayo de 1832.

»F. TERRIEN.»

—Por ahora, dijo el sub-prefecto, no veo ningún indicio que pueda darnos luz sobre...—Volved el recibo.—¡Ah! eso ya es diferente.

El papel en cuestión era la mitad de una carta rasgada, y en el dorso leyó el empleado las siguientes líneas: